

Martínez Campos, 5/I/1997
GUIA
(Publicado el 5 de Enero de 1997,
Ventanas, 5-B)

MAS SOBRE NIÑITOS

Silviano Martínez Campos

Una de las preferidas rondas infantiles de antes era aquella que decía, más o menos: una paloma blanca, que del cielo bajó, con sus alas moradas y en el pico una flor, de la flor a la lima, de la lima al limón, vale más mi Morena, que los rayos del sol.

Y los niños campesinos, principalmente las niñas, escogían las noches de luna para, motivados por la ténue luminiscencia de su luz, entonar éstos y otros cantos como aquel de: naranja dulce, limón partido, dame un abrazo que yo te pido. Si fueran falsos mis juramentos en poco tiempo se olvidarían. Toca la marcha mi pecho llora, adiós, Señora, yo ya me voy a mi casita de sololoy.

O el otro de: a la rueda, a la rueda de San Miguel, todos cargan su caja de miel; a lo maduro, a lo maduro, que se voltee (el nombre del escogido) de burro.

O el de la víbora, víbora de la mar, por aquí pueden pasar, el de adelante corre mucho y los de atrás se quedarán, tras, tras, tras... Una mexicana que fruta vendía, ciruela, chabacano, melón o sandía. Verbena, verbena, jardín de matatena. Campanita de oro, déjame pasar con todos mis hijos menos el de atrás, tras, tras, tras. Será melón, será sandía, será la vieja del otro día, día, día, día.

O los juegos en equipo, más bien para niños, como el encantado, el perro, las escondidas. O los juegos de ingenio y habilidad, como “el cinco”, más bien para niñas, o la matatena.

¡Hay qué tiempos, señor don Simón! Recordar es vivir. Vivir en el pasado, sumergirse en él, perderse en él, pero no para quedarse allí, sino para hurgar en las profundidades de sí mismo y de la vida para luego ver y sopesar nuestra condición actual.

Aun cuando hay el mandato de hacerse como niño para poder entrar en el reino de los cielos, más bien sería, según los estudiosos, hacerse desvalidos, limitados, necesitados como los niños, para poder recibir con mejor disposición el Don del cielo; pero nunca para, como adultos, permanecer en el infantilismo.

Paloma blanca, cielo, alas, flor; morena, rayos, sol. Hay musicalidad aún en el orden dísputo de estas palabras clave del canto de la paloma. Pero son términos que siempre han estado cargados de significado profundo que los niños, o a quien se hace como ellos sin quedarse en la infancia, tal vez puedan comprenderlos.

Con la ayudita de la Paloma blanca que del cielo bajó, en alas de los limpios, diáfanos, afectivos pensamientos, con el amor a las flores (de la vida) que no es privativo de mujeres ni de poetas ni de hippies o sus sucesores.

LOS RIESGOS

Pero, cuidado, ser niño en estos tiempos y en algunos lugares, es ciertamente riesgoso y peligroso, o cuando menos trae sus incomodidades.

Claro, la incomodidad de traerlos al mundo, con dolores y todo. La incomodidad de alimentarlos y criarlos cuando no se aceptan como una bendición sino como una carga.

La incomodidad de soportar sus berrinches tempranos o sus rebeldías de adolescentes o sus discrepancias cuando jóvenes o su independencia y libertad cuando adultos, o sus celos de toda la vida.

También la incomodidad social de verlos pedir limosna, mal cantar en los camiones para gnarse unos pesos (ahora centavos) o verlos vender chicles, no por la necesidad pedagógica de enseñarlos a trabajar, sino por la necesidad perentoria de complementar el gasto familiar, o suplir la irresponsabilidad paterna.

La incomodidad de sentir su presencia en este mundo que los adultos, todos a una, unos más u otros menos, les descompusimos desde hace ya tiempo.

Y el riesgo y el peligro de que, por la insania de poderes no identificados, sean víctimas de una bala en alguna calle urbana de Brasil o de cualquier parte del mundo. O que sean víctimas de la hambruna en media Africa, sobre lo cual ninguna ex potencia colonial o potencia a secas, ni ningún régimen interno, puede lanzar la primera piedra.

O de la guerra en ex yugoslavias o en cualquier otra parte, sobre lo cual ninguna ex potencia o sistema fenecido, ni potencia o sistema a secas, ni regímenes internos pueden lanzar la primera piedra.

LAS BENDICIONES

En contrapartida, tiene su bendición el ser niño ahora. No son sólo, como se ha dicho, la esperanza de la patria o del futuro. Sino los enterradores, más que nosotros ellos cuando adultos, de un modo caduco de ver y hacer las cosas. De una civilización que se volvió contra ellos, porque ellos serán los ciudadanos de una nueva Tierra que desde ahora se gesta.

Las dificultades y a veces retos al parecer insolubles en torno a obstáculos mayores como el deterioro ambiental y las consecuentes amenazas a la vida, siempre son mayores y no se les ve salida; pero los adultos conscientes están haciendo lo suyo para comenzar en un debate universal que es el inicio de grandes acciones sin duda venideras.

Es bueno, desde luego, ser niño ahora porque, por influencias múltiples que no todos captamos, ellos están cuestionando todo, aún a sus mismos padres. Si los pequeños fallan en sus hogares, la responsabilidad no siempre es de ellos; si fallan en la escuela, la responsabilidad es compartida; si fallan en sus tempranas relaciones sociales, la responsabilidad también es compartida. Y en esto naturalmente cada uno de nosotros tendrá qué tentarse el pecho y con la mano en el corazón determinar cuál sea su parte.

Porque los niños de ahora están percibiendo que no toda orden recibida es racional y equilibrada. Se perdió ciertamente el sentimiento de obediencia, pero tal vez porque la palabra se convirtió en sinónimo de sumisión absoluta y no, como significaba, un escuchar atento a la autoridad fundada en la coherencia de vida, en la experiencia y en una formación responsable.

No la autoridad como dominación, a veces inícuca y dictatorial. No la orden perentoria sin tomar en cuenta la situación de cada quien, sino apelar a la docilidad, no como sumisión pero sí como el dejarse conducir, dejarse orientar, dejarse llevar, el dejarse enseñar, sobre todo con el ejemplo del conductor, del que conduce o, lo que es lo mismo, del que educa, sea padre, maestro o dirigente social.

¡Oh añoranzas!, quién pudiera ser niño conforme al Evangelio y aún con berrinches ofensivos reclamando a Dios por qué nos creó sabiendo que íbamos sufrir, dejarse conducir aceptando su autoridad, la autoridad de su Palabra puesto que, a pesar de todo, “sus caminos no son los nuestros ni sus pensamientos son nuestros pensamientos”, porque a veces El da la impresión de escribir “con renglones torcidos” y el Espíritu sopla donde quiere y sus misterios son inescrutables.

LA PALOMA BLANCA

Entonces tal vez podremos darnos cuenta que aún adultos, se nos habla como niños porque la Paloma blanca que del cielo bajó, con sus alas moradas y en el pico una flor, nos trajo un mensaje de paz, su plenitud para dejarnos satisfechos, contentos por vivir.

La Paloma que anidó en el pecho de, para nosotros, La Morena y fructificó en el Niño, el máximo don que se nos ha dado para que podamos encontrar nuestro camino en la vida.

Pero la Paloma que, de alguna manera, aun con nuestro concurso procreativo, anida en cada seno materno para hacer nacer cada día y siempre en nuestra historia un niño con porvenir de adulto, con valor más grande que los rayos del sol.

Anida también cada día en nuestro ser más íntimo para hacernos entender que como en el juego de la rueda de San Migual, cada quien carga su caja de miel, o lo que es lo mismo, cada cual lleva la música por dentro.

Como en el juego de la vóbor de la mar, en el que todos, todos pueden pasar y, aun cuando los de adelante corran mucho, no hay qué olvidar a los de atrás (marginados, hostigados, olvidados, niños de la calle, pobres extremos, enfermos, desahuciados) porque, como se ha escrito, los últimos son los primeros.

O como en el juego de la campanita de oro, la petición de que el paso, la liberación de todos los hijos, sea cierto, también para el último, el de atrás, desde el homo sapiens hasta la última de las manifestaciones de la vida en la Tierra.

Y que todos participemos en juegos de equipo y, si estamos ahora encantados por las penurias, seamos desencantados un día; si jugamos a las escondidas con nosotros mismos y nuestras dificultades, algún día nos encontraremos; o si jugamos a los perros enojados, alguna vez nos reconciliemos.

Para sustituir un día los juegos de guerra, los juegos de competencias deshumanizadas, por los juegos de ingenio y habilidad como la cultura, la educación verdadera, la solidaridad universal y el descubrimiento, aún mayor, de nuestro Cosmos.

Aceptar que aun cuando llevemos diez mil años de historia y unos cuantos milenios más de homo sapiens, aún somos niños que empezamos a caminar. Nos enredamos con nuestros juegos tecnológicos y científicos pero algún día creceremos y sabremos, verdaderos adultos, vivir en paz y justicia.

Todas las tradiciones han cantado, o celebrado en juegos, ritos o danzas, el misterio que rodea al hombre, el cual siempre espera descender del cielo ángeles, palomas de paz o extraterrestres salvadores.

El cristiano está cierto que alguna vez, hace dos milenios, esa Paloma blanca realmente bajó del cielo, trajo en su pico una rama de olivo y nos vino a decir que sí, que de la flor a la lima, de la lima al limón, vale más mi morena (nosotros mismos) que los rayos del sol.

Y nosotros podríamos responder que sí, valemos más que los rayos del sol y, como mexicanos, cantarle a la Morena (del Tepeyac), la que nos dio al niño Jesús, ella es tan

radiante como el sol, con esos rayos que le regala el Otro Sol, quien también a nosotros promete transformarnos de niños menesterosos en adultos plenificados por su paz.